

Mahón 17 Febrero 1905

EL PORVENIR DEL OBRERO

Los neo-malthusianos y la falta de productos

Si los neo-malthusianos dijese verdad cuando pretenden que la tierra es incapaz, sino inmediatamente, al menos en un porvenir relativamente próximo, para alimentar á la totalidad de los habitantes de nuestro planeta y que es preciso, desde ahora, adoptar medidas enérgicas para limitar la procreación, resultaría que tendrían razón los economistas burgueses al pretender que es lógico y que está en el orden natural de las cosas el que haya ricos y pobres, no pudiendo la tierra alimentar con desahogo á todos sus habitantes.

Felizmente, basta fijarse un poco para ver que unos y otros andan por mal camino. La limitación de la procreación es un asunto de orden puramente individual y nada más. En todo caso, pasando el tiempo y cambiando las circunstancias, si nuestros biznietos reparan que verdaderamente son demasiados, entonces harán lo que les parezca. En la actualidad no tiene para qué plantear el problema nuestra generación, ni probablemente muchas de las que nos sucederán.

Pero todas las disertaciones sobre este asunto no valen lo que las cifras y los hechos.

He aquí justamente unas y otros y vamos á ver como en realidad es más bien la organización económica la que engendra la miseria, y no la falta de productos por consecuencia del exceso de población.

Veamos los datos publicados recientemente de la producción vinícola en Francia durante el año 1904.

Según las relaciones oficiales, la cosecha total de vinos en Francia ha sido durante el año que acaba de transcurrir de 66.259,877 hectólitros, á los que debemos añadir unos 6 millones de la Argelia. Si se considera que la Argelia en su mayor parte está poblada de musulmanes que se abstienen de bebidas fermentadas—los 6 millones de hectólitros vienen casi todos á Francia—se ve que la producción vinícola ha sido en realidad de 72 millones de hectólitros. Además, y este dato no debe desdeñarse; la calidad es muy superior á la de los años precedentes y la fuerza alcohólica es también superior en uno ó dos grados.

Que se compare, pues, esta cifra de 72 millones de hectólitros con la población de adultos que pueden usar el vino en su alimentación—unos 24 millones—y se tendrán por lo menos 3 hectólitros de vino por individuo. Esto sin contar con que en regiones enteras, en el Norte y el Oeste, el vino es reemplazado por la cerveza ó la sidra, y con mucha frecuencia, por desgracia, por el alcohol de granos.

Ahora bien, según la opinión de hombres competentes, este minimum de 3 hectólitros por año y habitante, sería muy suficiente para asegurar esta parte de la alimentación; lo cual no impide que miles y miles de individuos, por causa de la organización capitalista de la sociedad, no pueden nunca, por falta de dinero, procurarse el vino que podría contribuir á su alimentación, y que tal vez se tirará cuando venga la cosecha próxima para poder almacenar el nuevo, como ya se ha hecho y he podido comprobarlo yo mismo hace algunos años en el departamento del Herault.

Y lo que sucede con el vino sucede también con otras cosas, y sucedería en mayor escala si no se pusiesen justamente trabas á la producción, porque el productor, en el estado actual de cosas, no está seguro de encontrar la justa remuneración de su trabajo.

Podría multiplicar los ejemplos; yo he podido ver hace poco en una región de bosques donde he pasado algunos días, trozos de madera abandonados y pudriéndose en el suelo, porque estando en paraje lejano de población el producto de la venta no bastaba á remunerar y á cubrir los gastos del trabajo y el transporte.

Estos son hechos innegables; podría multiplicarlos y demostrar, como hemos hecho tantas veces, que no son los productos, que faltan, sino al contrario, es la mala organización de la sociedad capitalista que priva de los medios de consumo.

Otro hecho, presentando la cuestión bajo un aspecto diferente, confirma ampliamente, majistralmente, lo que acabo de demostrar.

He aquí, en efecto lo que nos traen los últimos diarios llegados de los Estados Unidos:

«En vista de la baja considerable del algodón, los plantadores y los negociantes de ciertas regiones del Sur han adoptado un remedio heroico, que es quemar una cierta cantidad de género almacenado con objeto de elevar el precio.

»Se han propuesto destruir así dos millones de balas traídas de los diversos Estados productores, á prorrata de su producción.

»La quema de algodón ha comenzado el miércoles en Georgia, donde millares de balas flamean ahora como fuegos artificiales, en Fort-Gaines y en otras ciudades, donde se les ha prendido fuego con gran ceremonia».

He aquí un hecho vergonzoso en sí mismo y antisocial en el fondo, que por sí sólo bastaría á condenar la organización de una sociedad que permite tales monstruosidades, y entretanto, mientras se destruye así la riqueza, miles y miles de desgraciados estarán faltos de lo estrictamente necesario para cu-

brir sus cuerpos, irán sin las medias y sin la camisa que hubiera podido hacerse con el algodón destruído sencillamente para encarecer la mercancía y elevar el precio de venta.

Después, los productores se han concertado también para restringir el porvenir de la producción. Pero esto no convencerá á nuestros modernos neo-malthusianos que irán repitiendo todavía que la miseria proviene de la densidad de la población y que es por esto que los productos faltan.

Yo añado que, mientras en los Estados Unidos se perpetra ese crimen social, hay talleres donde los trabajadores están sin trabajo porque, siendo demasiado alto el precio del algodón, el precio de venta de la materia elaborada no sería suficiente para que nuestros capitalistas se dignen hacer trabajar.

En el Brasil, en fin, el mismo procedimiento—la destrucción de productos—había sido preconizado para una parte de la cosecha de café. Los capitalistas se han contentado—lo que viene también á negar la doctrina neo-malthusiana de la falta de productos estrictamente necesarios—con adoptar medidas—concierto entre los propietarios, truts—que tiendan á impedir la creación de nuevas plantaciones.

Se podrían citar aún otros hechos.

No, repitámoslo, no es que falten los productos, es que la organización es deplorable, corrompida, podrida.

Propagando lo contrario, los neo-malthusianos hacen, como ha dicho muy justamente Grave, obra reaccionaria.

La obra revolucionaria consiste, por el contrario, en decir que la tierra será bastante grande durante mucho tiempo—sino siempre, teniendo en cuenta los descubrimientos que nos reserva la ciencia—para alimentar á todos, pero á condición de que la organización económica sea transformada por completo, y que desaparezca el mercantilismo para dejar lugar al comunismo.

P. DELASALLE.

(De *Les Temps Nouveaux*.)

El ogro

Cierto día llegó al pueblo, no importa cual, un hombre entrado en años, de barba hirsuta y canosa, reposado andar y severo continente.

La despierta curiosidad de las gentes indagó presto que el tal era hombre de pelo en pecho, accidentada historia y sospechosa hacienda. Cómo lo indagaron no se sabe, más lo cierto es que en aquel mismo día formóse alrededor del presunto personaje la indispensable novela.

Y de boca en boca fueron corriendo y agrandándose las más estupendas consejas. Establecióse el forastero en apartada senda de los arrabales: casita modesta al pié de camino pedregoso; árboles corpulentos á dere-

cha é izquierda; perspectiva de hermosísima campiña, cerrado el horizonte por fantástica cordillera de escarpados montes.

A poco, la imaginación popular forja el antro misterioso de hechicerías inexplicables, la cueva maldita de infernales locuras enclavadas en medio del mismísimo paraíso.

Vivía nuestro hombre la apacible vida del hogar; mostrábase poco en público, corto de palabra, sin dureza en el gesto, más bien rehuía que buscaba el trato de las gentes.

La curiosidad se despabilaba buscando enigmas alrededor del hombre aquel. Lastimaba á unos su continente grave, á otros su esquivéz, y era para los más, irritante su presencia por el solo hecho de no poder despellarle á su antojo.

Pronto echaron de ver que el forastero no iba á misa, que andaba siempre á vueltas con librotos y papeluchos de toda mena y que el tráfigo de su vida consistía solamente en oficiar de preceptor de sus hijos y pasearlos por cerros y valles sin que, ni por asomos, les inculcara los principios de la santa religión de sus mayores. Entonces la novela creció, creció prodigiosamente á merced de los inflacientos del lugar.

Teníase por cierto que era el tal hombre un endemoniado revolucionario, arrojado de todas partes, perseguido por la justicia, culpable quizá de tremendas hecatombes. Las gentes complacíanse en morderle la túnica y despedazársela hasta dejarle sin piel. Poco á poco se le negó el trato, luego el saludo, y no faltó quien hiciera la señal de la cruz al pasar por la casita misteriosa. El ingenio popular bautizó al temible personaje con la expresión de sus fantásticas historietas. El *ogro* fué el coco de los chicos, que les hacía acurrucarse mediosos, y de las mujeres, que recelosas cerraban puertas y ventanas. Los hombres dejaban ver su cobardía á través de argucias y desplantes.

Al fin hubo que pensar seriamente qué se iba á hacer con el ogro. Las autoridades se creyeron llamadas á intervenir en el asunto, y, entre mil proyectos, después de prolijas discusiones, vino á parar en la necesidad de que un sacerdote, muy versado en sabias teologías, abordase al temible desconocido y procurase, ó convertirle, ó alejarle del pueblo para que se apaciguase la inquietud profunda de las almas piadosas.

Al curilla sabihondo le escarabajó en el cuerpo la ambición de ganarse el aplauso de las gentes, y, dando garrote al temorcillo mal oculto, allá se fué á la casa del réprobo. Cuantas veces los guijarros del camino denunciaron su miedo, no es para confesado. La sangre se le arremolinaba á la cabeza por tropezón de más ó por tropezón de menos, pareciéndole que la vida huía de las extremidades. Llegó, cubierto de sudor, á las puertas del antro, y después de resoplar fuertemente, como bestia recelosa, llamó azorado batiendo los nudillos de la diestra sobre las carcomidas maderas. La puerta se abrió, y el ogro, entre cortés y sorprendido, rogó al visitante que pasara. Faltóle al cura ánimo para hacer la señal de la cruz al traspasar los umbrales de la casa encantada y dejóse llevar, casi arrepentido de su acuerdo.

Largo y tendido charlaron el hombre y el cura. Ni una voz fuerte, ni una palabra más alta que otra. El cura, en sus últimas argucias, dijo, batiéndose en retirada:

—En fin, señor, mi misión es de paz. Ruego á V. que por la tranquilidad de su alma y por la tranquilidad del pueblo, renuncie á la vida impía que lleva. Nada perderá usted por mandar sus hijos á la iglesia ya que no vaya usted mismo; nada perderá usted porque oigan misa y presten acatamiento á los preceptos de nuestra santa religión. Aislado en este retiro, objeto de las censuras de los vecinos, piedra de escándalo para las almas piadosas, nada puede usted ganar y todo lo tiene perdido.

Y entonces el ogro, reprimiendo trabajosamente su interior agitación, repuso:

—Señor sacerdote; cuando me habla usted en nombre de una fé, de un credo, le res-

peto y escucho atento como á hombre de sinceras convicciones. Discutamos, si le place. Mas cuando me habla el lenguaje de cierto disimulado utilitarismo, no puedo escucharle. No cuadran esas palabras en un hombre de fé. ¿Qué perdería, dice usted, mandando mis hijos á la iglesia, á la misa, y ordenándoles reverencia á los preceptos de una religión en que no creo? Perdería mi dignidad, mi honor, mi conciencia. Me insulta usted, señor sacerdote. Me propone un agio con mis convicciones, con mi fé, si lo prefiere. No puedo escucharle.

Y el hombre y el cura se separaron saludándose friamente, ofendido el uno, pesaroso el otro.

¿Qué explicación dió de su fracaso el cura? Se confesó á medias. Había tenido que habérselas con un fanático que pretendía la redención del mundo por la igualdad; que, parapetado en sus endiabladas ciencias, no quería oír hablar de religión ni de Dios; con un hombre ensoberbecido, poseído del mal con la satánica vanidad de una perversión inquebrantable. La conversión era, no obstante, obra de tiempo y de paciencia.

Y las gentes fueron acostumbándose á la presencia del ogro y curiosearon también alrededor de los *moritos*, sus hijos. Lentamente los trazos más crudos de la novela fueron borrándose. Los niños y las mujeres olvidaban el pueril temor que los hacía encogerse de miedo. En las conversaciones de los hombres llegóse á justificar la entereza y el puritanismo del ogro. Vivía en el error, pero honradamente; era un hombre convencido, digno de respeto.

Sólo algunos mamelucos que vivían de la política ó de la religión, juraban y perjuraban que el ogro era un bandido, un hombre infame y sin entrañas, digno de las hogueras de Torquemada.

Tal vez sin estos roedores miserables, el ogro hubiera sido totalmente rehabilitado en el pueblo.

Algunos, pocos años después, la noticia de que el ogro se moría corrió por calles y plazuelas. La curiosidad se despabiló otra vez. Renacieron las antiguas consejas.

El médico del pueblo contaba, á quien quería oírlo, que el ogro se moría irremediamente y que persistía en negarse á oír hablar de curas. De seguro se largaba al otro barrio tan impenitente como había vivido.

Discutíase si el cura se atrevería á intentar el último esfuerzo. Muchos aseguraban como cosa infalible una conversión completa de última hora, á las puertas de la muerte.

Pocas voces se alzaban contra estos dimes y diretes de la vecindad. La compasión no gozaba gran privanza entre aquellas gentes que no perdonaban la extraordinaria oportunidad de desfogar su estulticia.

Y ocurrió que el cura instigado por hipócritas y creyentes, llegó otra vez á las puertas del antro y las puertas permanecieron abiertas, y el ogro, con una última expresión de bondad, rehusó los auxilios que se le ofrecían, pidiendo al hombre paz y sosiego en la suprema hora de la muerte.

—¡Dejad que muera en paz quien en paz ha vivido! ¡Haced por mí lo que quisiérais que los demás hicieran por vosotros!

Cobijado por el amor de sus hijos, expiró en paz aquel hombre singular que no había hecho mal á nadie, aquel hombre cuyo tremendo delito consistía en haber vivido de acuerdo consigo mismo, de acuerdo con su pensamiento y su conciencia.

Murió, y su cuerpo fué sepultado en yermo campo apartado del lugar donde descansan las almas cristianas; que los creyentes, anticipándose á los juicios del Dios que reverencian, echan á la fosa del odio los restos del justo.

Después de la muerte, quedo, muy quedo, un íntimo sentimiento de admiración fué ganando el corazón de las gentes y otra y cien novelas se forjaron en que aquel buen ogro crecía, crecía por sus virtudes, por su saber, por su rectitud. Y el recuerdo del

ogro quedó fijado para siempre en el pueblo con aquellas palabras póstumas:

—¡Haced por mí lo que quisiérais que los demás hicieran por vosotros!

R. MELLA

Modestia aparte

Existe un gran número de gente que no queriendo pensar por cuenta propia, sino con el cerebro de los demás, caen en el defecto de censurar ó ponderar los actos de los que ellos mismos han escogido para actuar de lazarillos. Distinguir ¿discernir con lógica? Esto ni pensar. O elevar los hombres hasta las nubes, ó hundirlos en el fango. Esta es su labor; la labor del inconsciente. Desgraciadamente, el campo de nuestros hermosos ideales libertarios no está limpio tampoco de ese ejército de fantoches que los convencidos solemos distinguir con el nombre de *simpáticos*. Porque compran y leen alguna vez nuestra prensa, ó acuden á algún mitin, ó maldicen de la burguesía, ya han conquistado, sino el título de convencidos, el de simpatizadores del ideal.

Si fuésemos más cautos en el apreciar, distinguiríamos en la mayoría de estos simpatizadores la causa de que ciertos enconos adquieran un cierto revuelo entre la verdadera familia anarquista.

Todos esos que leen poco y no estudian nada, cuando notan una incorrección en alguno de los nuestros, enseguida exclaman: «Lo temíamos, todo es una mentira, ahí tenéis á fulano y mirad lo que ha hecho; ya estoy desengañado, todos son iguales, dicen de los políticos y ellos también están corrompidos».

No pretendo sostener que los anarquistas estemos exentos de toda debilidad é imperfección. Me guardaré mucho de caer en esta ignorancia. Hijos somos de una sociedad infectada por el vicio. Pero sostendré firmemente que los anarquistas levantan en todos sitios altas sus creencias, sus deseos de purificar el ambiente, que sufrimos con harta frecuencia cárceles y persecuciones por combatir lo perverso y lo absurdo, que despreciamos esa *vida tranquila* que nos ofrecen los que dicen querernos bien, que huímos de donde se nos obliga á fingir, despreciando la hipocresía, no respetando tradiciones que chocan con nuestro temperamento de necesaria rebeldía, sin detenernos ante las consecuencias cuando se trata de hacer obra consciente; luchamos, en fin, contra todo lo existente y contra todos los que más ó menos descenden á la humillación, sin preocuparnos de la miseria que nos amenaza, de la murmuración que pretende azotar nuestra frente, ni de la rutina que intenta embrutecernos. Somos gigantes al lado de las figurillas que el raquitismo de las tradiciones hace mover.

Que tenemos defectos? ¿Quién está libre de ellos? Pero entre nosotros los libertarios y ese montón de nulidades y la masa inconsciente, existe la diferencia que voy á explicar con un ejemplo.

Supongamos tres enfermos: uno cree que rezando curará, rodeado de imbéciles que desconocen los rudimentos de la higiene, para quienes la única ciencia es rezar novenas y aplicar emplastes. Ese enfermo sucumbirá en medio de la podredumbre, infectando el ambiente y contagiando á los débiles.

El otro enfermo no reza, si bien alguna vez invoca á su dios *especial*; sabe que la ciencia médica posee grandes recursos, pero teme al bisturí y sospecha que el farmacéutico le falsifica los medicamentos; y así, entre temores y sospechas, su vida se extingue.

El tercer enfermo lo representamos los anarquistas; no conformes con lo existente, queremos vivir sanos, ser buenos, pero el falso ambiente nos envuelve hasta el punto de que en repetidos casos nuestra voluntad generosa desfallece por la maldita inseguridad del mañana y surge el egoísmo, la incorrección al fin. ¿Cómo acudimos nosotros

al remedio? Sabemos que la ciencia cultiva los medios necesarios á nuestra salud y á su estudio acudimos sin vacilaciones. No nos asusta la aplicación de los procedimientos de la *higiene social*; queremos vivir, queremos gozar la vida, y para esto necesitamos salud, ser perfectos en lo que cabe, por esto atacamos á la religión, la mala organización de la familia, la propiedad, el capital, todo cuanto nos obliga á no ser lo que queremos y como queremos ser. Las consecuencias de la lucha no nos preocupan, la miseria no nos acobarda, la cárcel no nos aniquila.

¿Comprenderán la falsedad de su punto de vista los que ante una incorrección que pueda cometer un libertario exclaman: «todos son iguales»? Los que luchamos sufriendo las iras del monstruo de cien cabezas somos mejores, mucho mejores que esa miseria de gentes que tan incautamente prejuzgan. Luchamos sin vacilaciones; fija la vista en el sublime ideal. Vamos en pos de la vida y queremos estar sanos. Nuestros defectos nos pesan; queremos ser buenos.

Por eso luchamos, por eso combatimos la sociedad presente corrompida y corruptora. Poseemos la primera virtud: la de luchar combatiendo la causa que nos impide el ser buenos tal como anhelamos ser.

TERESA CLARAMUNT

Por nuestros hijos

En otro lugar de este número insertamos un artículo de P. Delesalle contra los neo-malthusianos. Esta cuestión es de oportunidad creciente, gracias á la constancia envidiable con que los partidarios de la limitación de los nacimientos propagan y defienden sus opiniones, no ya sólo en Francia, donde cuentan con asociaciones y revistas especiales, sino por todas partes, habiendo llegado á formar grupos y á publicar un pequeño periódico en España.

Es hora, pues, de que se discuta con toda amplitud este asunto, para dar la razón á los malthusianos, si demuestran tenerla, y sino para evitar una desviación del camino progresivo de las ideas y de la táctica revolucionarias.

Rechazamos desde luego toda afinidad con los que—en Francia principalmente—quieren que los trabajadores críen muchos hijos «para que la patria tenga más soldados», ó por otras razones de prosperidad exclusivamente nacional. Nuestra patria es la tierra y creemos que no son las naciones que han de prosperar, sino los individuos, quienes han de procurar su mejoramiento, en el lugar y de la manera que les sea posible.

Si opinamos en contra de los neo-malthusianos es porque creemos que limitando voluntariamente la procreación, los trabajadores realizarían un acto de renunciamento á un derecho que les asiste, el derecho de amar á sus hijos y de ser amados por ellos. El renunciar á este derecho fuera una debilidad vergonzosa, desde el momento que la limitación no obedece á razones de orden natural y por lo tanto ineludibles, sino á dificultades ocasionadas por una mala organización social. Lo que importa, por tanto, no es renunciar á las satisfacciones del amor en toda su plenitud, sino derribar el régimen capitalista y autoritario, causa del mal-estar que sufren los trabajadores en todos los países.

No estamos conformes con P. Delesalle cuando dice que si la tierra fuese incapaz para producir lo suficiente para todos, como

dicen los neo-malthusianos, esto vendría á dar la razón á los economistas burgueses que pretenden justificar el que haya pobres y ricos. Aunque esto fuera cierto, seguramente entonces el mejor derecho á gozar de los productos del trabajo lo tendrían los productores, los trabajadores, y no los ociosos capitalistas. Pero, por fortuna, no estamos en este caso, por las razones que Delesalle expone y por muchas otras que se podrían acumular.

La tierra es muy grande y el trabajo es muy fecundo. La población actual del mundo podría multiplicarse muchas veces y las subsistencias no faltarían si la producción y el consumo se regularan de una manera racional y justa. La causa de la miseria y del hambre que hoy se padece no es otra que la mala organización, el acaparamiento de la riqueza social en manos de unos pocos.

Se produce poco para todos y falta lo necesario á muchos porque la producción está sometida al negocio de los capitalistas. Este negocio es el que por un lado limita la producción y por otro limita también la posibilidad del consumo.

Las industrias, pudiendo producir muchísimo, dados los perfeccionamientos actuales de la maquinaria, se arruinan porque no puede venderse lo producido. Todas las crisis industriales obedecen á la misma causa; ninguna sobreviene por no poder producir; al contrario, todas son ocasionadas porque se produce demasiado.

El remedio que á esto encuentran los economistas burgueses y llevan á la práctica los industriales, es peor que la enfermedad. Consiste en abaratar la mano de obra, en pagar menos jornal á los operarios. Con esto se logra que los trabajadores tengan menos posibilidad de consumir. Esa es la economía burguesa: por una parte, crisis porque se produce demasiado; por la otra miseria en los trabajadores.

Con los productos caros y los jornales baratos, resulta que los trabajadores están condenados á miseria perpétua, y cada día mayor, á medida que el sistema capitalista se perfecciona, si le dejamos hacer.

¿Tiene esto remedio? Sí lo tiene, seguramente, pero no dentro del sistema actual. El remedio está en destruir el capitalismo, en que la mayoría de los hombres trabajan para enriquecer á unos cuantos, y establecer la organización económica del comunismo, en que todos trabajarán para satisfacer las necesidades de todos.

Produciendo todos, se producirá bastante para todos. Que se produzca para satisfacer las necesidades y no para realizar negocios, y habrán desaparecido las causas que limitan la producción é impiden el consumo.

Entonces se podrá producir mucho más, todo lo necesario para el consumo, que será también mucho mayor, puesto que todos podrán consumir lo necesario para vivir bien.

Entonces no habrá demasiados hombres, porque cada uno será productor más que suficiente para sí mismo, y no como sucede hoy que los trabajadores han de producir para la vida y para el lujo de los parásitos privilegiados.

Cada hombre que nazca, será una nueva fuerza productora, que contribuirá al bien-

estar de todos. No existirá el temor de que al hijo que nazca le pueda faltar el pan, ni que le mate la industria por exceso de trabajo, ni que le asesinen los gobernantes en una guerra fratricida.

Pero ¿y entretanto?

Entretanto no debemos renunciar al derecho de procrear, sino que debemos conquistar el derecho de vivir nosotros y nuestros hijos. La renuncia sería muy del gusto de la burguesía que repite satisfecha la cruel frase: «el que no tenga sitio en el banquete de la vida, que se retire en silencio».

No, no deben los trabajadores retirarse en silencio. No deben renunciar á tener hijos para que estos no estorben el festín de los satisfechos.

Al contrario, deben exigir, para sí mismos y para sus hijos, el puesto que les corresponde.

Este es el verdadero sentido revolucionario.

La patria

Los proletarios no han advertido que este ideal, que se les inculcaba poco á poco en la escuela, por medio de una educación hábil, estaba en oposición con sus intereses.

Como dice Voltaire, «dentro de una patria algo grande, hay, á menudo, varios millones de hombres que no tienen patria.» Los proletarios, aquellos que no tienen tierra, ni bienes, ni nada material que los retenga en un sitio con preferencia á otro, no han comprendido aun que el ideal confuso de patria no tiene para ellos ningún interés. ¿Qué les importa la patria? ¿No pueden, acaso, repetir las siguientes palabras de La Bruyere: «¿de qué me serviría como á todo el pueblo... que mi patria fuese poderosa y formidable, si triste é inquieto viviera en ella en la opresión?»

¿Viven en la opresión lo mismo en la patria francesa que en la inglesa ó en la alemana? ¿Qué les importa pues el ser gobernados y explotados por estos ó por aquellos, si son de todas maneras explotados?

¿Qué más da pagar el tributo á Guillermo II ó á Victoria, á Humberto ó á la República Francesa, si siempre se ha de pagar? Que el propietario de la fábrica sea alemán, inglés, ruso ó español ¿qué le importa al obrero que en ella trabaja? Recibe siempre el mismo salario y sufre el mismo patrono.

En realidad, la patria le es racionalmente indiferente al proletario. Es un sinpatria que en todas partes padece, que pena y gime, por otros que reposan y se divierten. Puede decir con el mismo La Bruyere: «no existe la patria dentro del despotismo: otras cosas la suplen: el interés, la gloria, el servicio del príncipe.» Para el proletario esas otras cosas no existen, no tiene nada que sustituya á la patria.

La masa proletaria no tiene ningún interés en ser patriota, en rendir culto á esa entidad indefinida y nebulosa llamada «patria».

A. HAMÓN

Inspirar confianza á las clases conservadoras, como hacen los políticos que aspiran al poder, es hacer traición á los principios revolucionarios. Es hacer traición al pueblo y ayudar á mantenerle esclavo.

Extensión Universitaria

El catedrático del Instituto, D. Jaime Alorda comenzó sus conferencias sobre *Agricultura*.

La del sábado puede considerarse como el prólogo, en que expuso ideas generales sobre la necesidad de unir los conocimientos científicos a las prácticas agrícolas, por medio de la cooperación de los tres elementos; el puramente científico, representado por los ingenieros agrónomos, los propietarios, que recogiendo los conocimientos enseñados por los agrónomos, han de cuidar de su aplicación; y finalmente los cultivadores, ó simples braceros.

Desde luego, esta división sólo es aplicable á la organización actual de la sociedad, en que por una parte se hace imposible la instrucción al trabajador y por otra se considera el trabajo manual como deshonoroso para los privilegiados que pueden instruirse. En la sociedad del porvenir, se procurará el desarrollo armónico de las facultades del hombre por medio de una educación racional, y habrá desaparecido la causa de esas arbitrarias y odiosas divisiones. Los que trabajen el campo, poseerán su inteligencia cultivada al mismo tiempo que sus brazos fuertes; los ingenieros y los cultivadores serán compañeros, ó mejor, serán una cosa y otra los mismos hombres. En cuanto á los intermediarios que el señor Alorda puso en segundo término, desaparecerán para bien de todos.

Explicó también el conferenciante la relación entre los elementos componentes de las tierras y los de las plantas que en ellas han de sembrarse. En el conocimiento de esta relación está la base de todo cultivo racional.

Una parte de dichos elementos son recogidos por los vegetales de la atmósfera, los otros de la tierra. Si en la composición de una tierra falta un elemento necesario para la vida y desarrollo de una planta cualquiera, será necesario, si se quiere sembrar esa planta, añadir á la tierra el elemento que le falta. A esto se llama *abonar*. Para saber cual es el abono conveniente para cada cultivo, es preciso conocer la composición de la tierra en que se ha de sembrar y los de la planta que se quiere que produzca.

Citó algunos ejemplos de fracasos ocurridos á agricultores por no tener estos conocimientos y despreciar la ciencia fiándose de la rutina.

En sucesivas conferencias continuará el señor Alorda tratando una materia tan interesante.

El sábado continuará el señor Acevedo disertando sobre *Las leyes de la Historia* y tratará de *la herencia*.

Rusia

Continúa el movimiento revolucionario, con incidentes varios que llenan las columnas de la prensa de información.

Los periódicos liberales manifiestan sus simpatías por el pueblo ruso.

Con motivo de la prisión del famoso escritor Máximo Gorki se ha producido un movimiento de protesta entre los intelectuales de toda Europa. No es posible consentir que la brutalidad de los déspotas rusos aniquile una poderosa inteligencia y un carácter entero universalmente admirados. No debe repetirse el caso de Rizal, cuyo recuerdo será siempre una vergüenza para los españoles que realizaron aquel asesinato y para el mundo civilizado que lo consintió.

Los obreros continúan organizando en todas partes manifestaciones de simpatía para el pueblo ruso, y de protesta contra sus

verdugos. En Cataluña 117 entidades obreras han dirigido un manifiesto al mundo trabajador pidiendo solidaridad con los revolucionarios rusos.

En cambio, los reaccionarios, los clericales, aplauden la barbarie del verdugo Treppoff y de sus cosacos, condenando con el Santo Sínodo los anhelos de libertad del pueblo atropellado. Esos malvados quisieran introducir en todas partes la costumbre de aplicar al pueblo hambriento los látigos con balas de plomo en los extremos.

El partido obrero socialista ruso ha publicado un manifiesto relatando los sufrimientos del pueblo, las vanas tentativas de conseguir alguna libertad por medios pacíficos, el desprecio primero y la infame crueldad luego con que el Czar ha respondido á las peticiones de sus súbditos, y acaba demostrando la necesidad de acudir á medios violentos, terminando con estas palabras... «Y si aun fuera dado á la reacción dominar un instante el movimiento, este recomenzaría con nueva fuerza.

»El mundo civilizado no puede ver indiferente lo que pasa en Rusia.

»¡Hombres de los países libres, socorred al pueblo ruso!»

En el mismo sentido se expresa Plekhanoff en carta dirigida á los socialistas belgas:

«...Ya sabéis lo que nos pasa. La sangüinaria represión no es más que el comienzo. La situación es crítica y hay que obrar. Muchos jóvenes, actualmente en el extranjero, quieren penetrar en Rusia y tomar parte en la lucha. Pero nos faltan los recursos necesarios para ayudarles. Por eso nos vemos en la obligación de pedir á los partidos hermanos que acudan en nuestra ayuda en la medida de lo posible.»

Por su parte, el Czar y sus cómplices han demostrado bien su debilidad. Las reformas que tantas veces negaron á las peticiones pacíficas, prometen ahora concederlas, temerosos de la rebelión violenta que se ha iniciado. Prometen bajo la acción del miedo, sin ánimo de cumplir. Esto demuestra su debilidad, pero no lograrán engañar al pueblo ruso.

La revolución comenzada debe ir hasta el fin, derribando al despotismo de manera que nunca más pueda levantarse.

No deben contentarse los revolucionarios rusos con reformas parlamentarias, ni con cambios de gobierno que poco ó nada significan. Con el parlamentarismo se ha engañado á los pueblos occidentales, anulando así la eficacia de tantas revoluciones.

Estas no deben hacerse para cambiar de amos, sino para beneficio del pueblo verdaderamente, para libertarle, no sólo de la tiranía política, sino también de la esclavitud económica.

Es en este sentido, principalmente, que la lucha que sostiene el pueblo ruso interesa á los trabajadores de todas las naciones.

Biblioteca de

«El Porvenir del Obrero»

- 1 **La Ganancia**—*Consideraciones generales según el criterio libertario*, por Anselmo Lorenzo, 15 céntimos.
- 2 **El Patrimonio Universal**—*Conferencia sociológica*, por Anselmo Lorenzo, 15 céntimos.

De Lérida

Preguntamos nosotros: ¿qué fin persiguen las sociedades de resistencia?

Según nuestro criterio, es el de luchar para derribar el actual régimen, que es la causa de nuestro malestar; luchar para salir del yugo capitalista, que nos tiene sumidos en la esclavitud; acumular la fuerza de todos para conseguir que el obrero, en vez de ser un desgraciado de que se apartan como de la lepra las personas que dan en llamarse cultas, sea respetado y pueda vivir una vida digna de hombres.

No sabemos si estarán conformes con nuestro pensamiento algunas de las dichas sociedades, y en particular las de Lérida, donde la mayoría de sus individuos están unidos con los mismos que les explotan unos y con los políticos otros, sólo por ejercer cargos en las juntas directivas, ó de Reformas Sociales, y hasta aspirando á concejales.

Nosotros el pequeño número de los que luchamos por una humanidad libre, lamentamos mucho el estado de esta población en que la vida es difícil, porque las subsistencias no están al alcance de los míseros jornales, y nuestros hermanos de trabajo, en vez de procurar instruirse, en vez de protestar contra los atropellos y la continua explotación que sufre, se entrega de lleno en brazos de la farsa política, ó, como el personaje bíblico se vende á su hermano por un plato de lentejas, ellos se entregan al primer explotador que se presenta.

Más aún: en el mismo local de la sociedad obrera se ha establecido un taller de modista donde se explota á infelices muchachas. Qué puede esperarse de una sociedad que en vez de ser centro de resistencia, se convierte en centro de explotación? Los obreros conscientes no podemos menos de protestar con toda energía.

EL GRUPO «SEAMOS TODOS IGUALES»

Lérida 3 Febrero 1905.

La prensa libertaria estará de venta en los kioscos de la Plaza, y Rambla de Fernando y en el café de España, Colón y París.

Si alguna agrupación deseara fundar una Escuela Libre, á falta de Maestro puede dirigirse á Sebastián Pons, calle Democracia, 1, 2.º, Lérida.

PAPEL IMPRESO

Se ha publicado la primera entrega de *Historia de mi vida*, por Luisa Michel, traducción de Fermín Salvochea.

Precio de cada entrega: En España, Gibraltar y Marruecos, 10 céntimos de peseta. En los demás países 10 céntimos de franco.

Los pedidos á Fermín Salvochea, lista de Correos, Cádiz.

La Biblioteca Popular de Cullera ha editado *Un día de elecciones*, comedia en un acto por el compañero Miguel Martínez.

Un ejemplar 15 céntimos; veinte y cinco ejemplares 3 pesetas; cincuenta ejemplares 5 pesetas.

Dirigirse al autor, lista de Correos, Cullera (Valencia).

De la «Biblioteca de *El Obrero*» de Montevideo hemos recibido el primer volumen conteniendo *Organización, Agitación, Revolución*, de Ricardo Mella y *El Amor Libre de Soledad Gustavo*.

Precio: En Uruguay 4 centavos; en Argentina 10 centavos.

Dirigirse al Administrador de *El Obrero*, calle de S. José, 144, Montevideo (Uruguay).

La Biblioteca *El Sol* de la Coruña ha publicado el folleto *Aclaraciones* por el compañero J. Sanjurjo.

Precio 10 céntimos ejemplar y 2 pesetas paquete de 25 ejemplares.

Los pedidos á Enrique Taboada, kiosko «El Sol».—La Coruña.

Imprenta de «El Porvenir del Obrero».